

## IV

En el Mediodía, el procónsul Mignet, natural como Carrier de las montañas de Auvernia, cedia á la corriente sanguinaria de los asesinos de Aviñon. Incendió por orden del comité de salud pública la pequeña ciudad de Bedoin, que se le había señalado como un foco de realismo, despues de haber expulsado á los habitantes. Provocó asimismo la creacion de una comision popular en Orange, para depurar el Mediodía. Diez mil víctimas cayeron en poco tiempo, más bien por venganzas personales que por orden de la república. En aquel clima de fuego, todas las ideas son pasiones, y todas las pasiones crímenes. Mignet, escribiendo á su colega Couthon, mezclaba detalles familiares y domésticos á los cuadros siniestros en que le pintaba su mision en el departamento de Vaucluse. «Tengo más de quince mil ciudadanos en las cárceles,—le decia;—sería necesario pasar una revista á fin de escoger á todos los que deben pagar sus crímenes con la cabeza, y como esta eleccion no puede hacerse sino por medio de un juicio, sería preciso mandarlos todos á Paris. Ya ves los peligros, los gastos y la imposibilidad de semejante viaje. Por otra parte, es menester espantar, y el golpe no será verdaderamente imponente si no se da á la vista de los que han vivido con los culpables... Tu azúcar, tu café y tu aceite—añade en seguida—están en camino. Saluda en mi nombre á tu mujer, y da un beso á tu pequeño Hipólito.»

La sangre parecia más roja puesta en contraste con aquella sensibilidad de familia y con aquellos pormenores domésticos. El sistema que servian aquellos hombres les habia degradado hasta la impasibilidad. Los crímenes apresuraban las reacciones en aquellos departamentos. Realistas, moderados y patriotas, todos se servian de las mismas armas. Las opiniones se convertian para todos en odios personales y en asesinatos. Algunos hombres enmascarados se introdujeron en la casa de campo de uno de los principales republicanos de Aviñon, ataron á sus criados, á su mujer y á sus hijas, le llevaron á la bodega y le fusilaron delante del más pequeño de sus hijos, al cual le obligaron á tener la luz en la mano y alumbrarles para cometer esta maldad. Mignet se aprovechó de esta ocasion para encarcelar á todos los parientes de los emigrados y á todas las mujeres sospechosas de tener relaciones con los proscritos. Comprimido el Mediodía por una colonia de montañeses y por la comision revolucionaria de Orange, no se atrevia á respirar bajo el dominio de la Convencion.

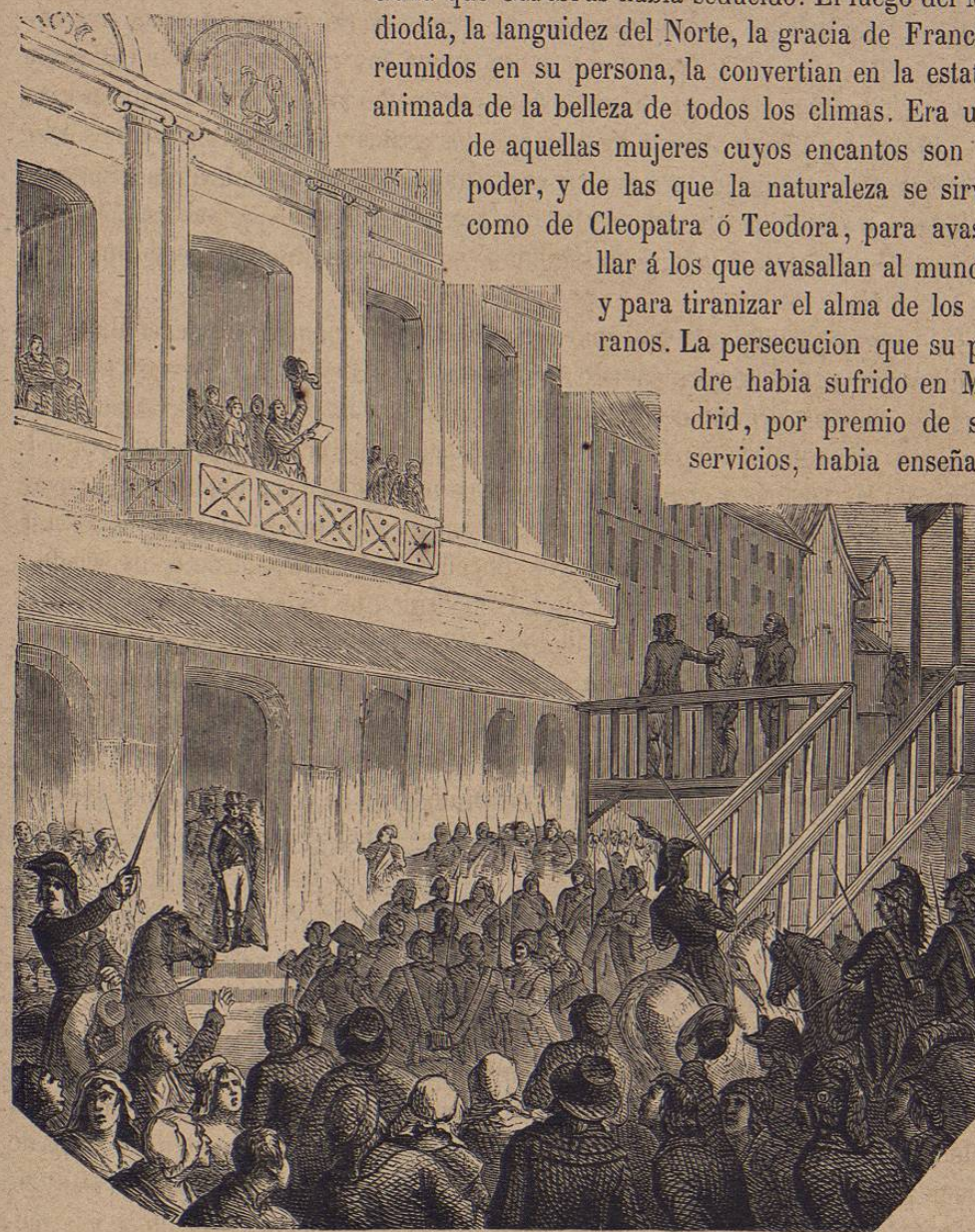
## V

En Burdeos habian ya rodado setecientas cincuenta cabezas de federalistas bajo el hierro de la guillotina. El triunvirato de Ysabeau, de Baudot y de Tallien pacificaba la Gironda. Ysabeau, antiguo sacerdote del Oratorio como Fouché, era hombre de vigor, no de carnicería; Baudot, diputado por Saona y Loira, llevaba el calor republicano hasta el delirio, pero no hasta la crueldad; Tallien, jóven de buena presencia, envanecido por su crédito y orgulloso con la amistad de Danton, tan pronto terrible como indulgente, hacia esperar la venganza á los unos y la piedad á los otros. Tallien tenia el presentimiento de los grandes destinos. Gober-

naba en Burdeos como soberano de una provincia conquistada, más bien que como delegado de una democracia popular, queriendo hacerse temer y adorar á la vez. Hijo de un padre criado en la domesticidad de una familia ilustre, y educado él mismo á expensas de esta familia, Tallien llevó á la república el gusto, la elegancia, el orgullo y tambien la corrupcion de la aristocracia.

En el momento en que Tallien llegaba á Burdeos, una jóven española de una brillante belleza, de un alma tierna y de una imaginacion apasionada, se encontraba detenida en su camino para España por la prision de su marido. Entónces se llamaba madama Fontenay, y era hija del conde de Cabarrús. El conde de Cabarrús, frances de origen y establecido en España, habia ascendido por instruccion en hacienda á los más altos empleos de la monarquía en el reinado de Carlos III. Su hija apénas tenia quince años, y habia nacido en Madrid, de una valenciana que Cabarrús habia seducido. El fuego del Mediodía, la languidez del Norte, la gracia de Francia, reunidos en su persona, la convertian en la estatua animada de la belleza de todos los climas. Era una

de aquellas mujeres cuyos encantos son un poder, y de las que la naturaleza se sirve, como de Cleopatra ó Teodora, para avasallar á los que avasallan al mundo, y para tiranizar el alma de los tiranos. La persecucion que su padre habia sufrido en Madrid, por premio de sus servicios, habia enseñado



Lebon en Arras.—Pág. 291.

desde la infancia á la jóven española á detestar el despotismo y adorar la libertad. Francesa de origen, lo era de corazon por patriotismo. La república le parecia como la Némesis de los reyes, la Providencia de los pueblos y la restauracion de la naturaleza y de la verdad.

En los teatros, en las paradas, en las sociedades populares, en las fiestas y en las ceremonias republicanas, el pueblo de Burdeos la veia manifestar su entusiasmo con su presencia, con su traje y con sus aplausos. Creia ver en ella el genio femenino de la república.

Pero madama de Fontenay tenia horror á la sangre, no resistia á una lágrima, y creia que la generosidad era la excusa del poder. La necesidad de conquistar mayor popularidad para convertirla en favor de la misericordia le hizo comparecer algunas veces en los clubs, y áun tomar la palabra. Vestida de amazona y con el cabello cubierto con un sombrero con penacho tricolor, pronunciaba muchos discursos republicanos. La embriaguez del pueblo se asemejaba mucho al amor.

El nombre de Tallien hacia temblar entónces á Burdeos. Se hablaba del representante del pueblo como de un hombre implacable. Madama de Fontenay se reconocia bastante animosa para desafiarle, y harto seductora para enternecerle. Perseguida por la imágen de las mujeres antiguas que habian domado á los perseguidores para arrancarles las víctimas, concibió un vivo deseo de imitarlas. La ambicion de dominar á uno de los hombres que dominaban en aquel momento á la república la embriagó.

A la primera mirada conquistó al representante, y Tallien, ante el cual todo el mundo se arrastraba, se arrastró á sus piés. Muy pronto ocupó en su alma el lugar que hasta entónces habia ocupado la república, no deseando ya el poder sino para compartirle con ella, la grandeza para elevarla á la par de él, y la gloria para que recayese toda sobre ella. Como todos los hombres cuyas pasiones llegan hasta el delirio, se envaneció de aquella debilidad, gozando en la publicidad de sus amores, haciendo gala de ellos con orgullo delante del pueblo, y con insolencia delante de sus colegas. Miétras que las cárceles rebosaban en presos, miétras que los emisarios de los representantes cercaban á los sospechosos en los campos, miétras la sangre corria á torrentes en el cadalso, Tallien, ebrio de pasion por *doña Teresa*, la paseaba en lujosos carruajes por los parajes más públicos de Burdeos. Revestida con los ligeros ropajes de las estatuas griegas, que dejaban ver la belleza de sus formas, con una pica en la mano y apoyada con la otra con gracia en el hombro del procónsul, *doña Teresa* tenia toda la actitud de la diosa de la libertad.

Pero ella gozaba más con ser en secreto la divinidad del perdon. Aquella mujer tenia en su mano el corazon del que disponia de vidas y haciendas, y era mirada y adorada como la Providencia de los perseguidos. Muy en breve no subieron ya al cadalso sino aquellos hombres señalados por el comité de salud pública como sospechosos á la república. Los jueces seguian el ejemplo del representante. El amor de una mujer transformó el Terror, y Burdeos olvidó sus setecientas víctimas. El carácter entusiasta de los bordeleses se sonreia ante el proconsulado oriental de Tallien. Robespierre desconfiaba de él, pero no insistió en llamarle á Paris, porque preferia ver al sátrapa en Burdeos á ver al conspirador en la Convencion. Aquel hombre hablaba siempre con desprecio de Tallien. «Estos hombres—

decia—no son buenos sino para reproducir los vicios. Inoculan en el pueblo las malas costumbres de la aristocracia; pero paciencia: ya libertaremos al pueblo de sus corruptores, así como le hemos libertado de sus tiranos.»

## VI

Robespierre no perdia de vista á aquellos procónsules. A la vuelta de Fouché de su comision en el Mediodia, prorumpió en reprensiones contra las crueldades del convencional. «Cree—decia hablando de Fouché—que la cuchilla de la república es un cetro, y que no se volverá contra los que lo tienen.» Fouché hizo inútiles esfuerzos para unirse con Robespierre. Este envió á su hermano en comision á Vesoul y á Besançon. Aquel jóven no se sirvió de la omnipotencia que le daba su nombre sino para moderar á sus colegas, disminuir los suplicios y abrir las cárceles. Despues de un discurso muy humano que pronunció en la sociedad popular de Vesoul, puso en libertad á ochocientos presos. Aquella indulgencia no tardó en escandalizar á su colega Bernard de Saintes. El jóven representante siguió no obstante su mision de clemencia. El presidente del club de Besançon, que era noble de nacimiento, le hablaba en una sesion del esplendor de su familia, llamada á los más altos destinos. «Los servicios que mi hermano ha prestado á la revolucion—respondió el jóven Robespierre—son personales, y el amor del pueblo ha sido su recompensa. No tengo nada que reivindicar para mí... Tú hablas ahora el lenguaje de la aristocracia. Aquel tiempo ha pasado. ¿No presides tú esta sociedad, tú que has nacido de una sangre aristocrática y que cuentas un hermano entre los traidores de la patria? Si el nombre de mi hermano me diese aquí un privilegio, el nombre del tuyo te enviaria al cadalso.»

Rodeado de los parientes de los presos que le representaban las injusticias y las tiranías de sus colegas, pero sin poderes fuera de los límites del Alto Saona, Robespierre el jóven les prometió llevar sus quejas á la Convencion. «Yo volveré aquí con el ramo de olivo, ó moriré por vosotros,—les dijo,—porque voy á defender á la vez mi cabeza y la de vuestros parientes.» Aquel jóven exaltado recibia con el respeto de un hijo los oráculos y las confidencias de su hermano. Fanático por los principios de la revolucion, pero avergonzándose de sus rigores y repugnándole los crímenes, llevaba en sus facciones el sello debilitado del carácter de su hermano mayor. Su elocuencia era monotoná, fria, sin calor y sin imágenes. Se veia que tomaba sus inspiraciones más bien en un sistema que en sus sentimientos. Cierta tintura mística se esparcia por su exterior y se traslucia en sus palabras. Iba acompañado en sus misiones, y hasta en las sociedades populares, de una jóven que pasaba por su querida, y que sus confidentes decian que estaba dotada de un dón de inspiracion y de profecía. Los republicanos, cansados del ateismo, pensaban ya en el fondo de sus corazones en transformar el principio democrático en religion, y en divinizar la libertad, con más derecho que el que habia tenido la Edad Media para divinizar á los reyes.